



## Convivir con el monstruo

Natascha Kampusch, secuestrada durante 8 años, cuenta su encierro.

“Ya no tienes familia. Tu familia soy yo. Yo soy tu padre, tu madre, tu abuela y tus hermanas. Ahora yo soy todo para ti. Ya no tienes pasado. Estás mucho mejor conmigo. Tienes la suerte de que yo te haya recogido y me ocupe tan bien de ti. Me perteneces. Yo te he creado.”

En el otoño de 1998, más de seis meses después de mi secuestro, yo me sentía muy triste y desanimada. Mientras que para mis compañeros de clase había empezado, después de cuarto, un nuevo periodo de sus vidas, yo estaba allí encerrada tachando los días en un calendario. Echaba tanto de menos a mis padres que por las noches me acurrucaba en mi tumbona ansiando una palabra cariñosa de ellos, un abrazo. Me sentía terriblemente pequeña y a punto de rendirme. Cuando de niña me sentía hundida y deprimida, mi madre siempre me preparaba un baño caliente. Echaba en él tantas bolas efervescentes y tanto gel que yo me sumergía en montañas de espuma chispeante y olorosa. Tras el baño me envolvía en una mullida toalla, me echaba en la cama y me tapaba. Eso me producía una profunda sensación de seguridad. Una sensación de la que me había visto privada hacía mucho tiempo.

El secuestrador no sabía muy bien qué hacer con mi decaimiento. Cuando bajaba al sótano y me veía apática, sentada en mi tumbona, me miraba irritado. Nunca hablaba directamente sobre mi estado de ánimo, pero intentaba animarme con juegos, con alguna pieza de fruta extra o con una serie grabada en vídeo. Pero yo seguía deprimida. ¿Cómo no iba a ser así? Es cierto que no me faltaban cosas con las que entretenerme. Pero estaba encadenada a la fantasía de un hombre que me había impuesto una condena de por vida sin yo haber hecho nada.

Añoraba la sensación que siempre me embargaba después de un buen baño caliente. Cuando el secuestrador bajaba al sótano esos días, yo trataba de convencerle. Un baño. ¿Acaso no podría darme un baño? Se lo pregunté una y otra vez. No sé si se hartó de mí o si decidió por sí mismo que realmente había llegado el momento de que me diera un baño completo. Pero el caso es que, después de algunos días pidiéndoselo, me sorprendió con la promesa de que podría darme un baño... si me portaba bien.

¡Podría abandonar el zulo! ¡Podría ir arriba y bañarme!

Pero ¿qué era aquel «arriba»? ¿Qué me esperaba allí arriba?

Me movía entre la alegría, la inseguridad y la esperanza. A lo mejor me dejaba sola y podía ser ese el momento de escapar...

Pasarían todavía algunos días antes de que el secuestrador me sacara del escondrijo. Los aprovechó para quitarme de la cabeza cualquier idea relacionada con una fuga: «Si gritas, tendré que hacerte daño. Hay trampas explosivas en todas las puertas y ventanas. Si abres una ventana, saldrás por los aires». Me advirtió que me mantuviera alejada de todas las ventanas y que tuviera cuidado para no ser vista desde el exterior. Si no seguía sus indicaciones al detalle, me mataría en el acto. Yo no tenía la más mínima duda al respecto. Me había secuestrado y encerrado. ¿Por qué no iba a ser capaz también de matarme?

Cuando, por fin, una tarde abrió la puerta del zulo y me pidió que le siguiera, yo sólo pude dar unos primeros pasos vacilantes. A la difusa luz que reinaba tras la puerta de mi refugio distinguí un pequeño habitáculo, situado algo más arriba que el zulo y en el que había un arcón. Detrás de este se abría una pesada puerta de madera que daba acceso a una segunda habitación.

Allí mi mirada cayó en un enorme monstruo que había en la pared de la izquierda. Una puerta de hormigón: 150 kilos de peso. Empotrada en un muro de casi 15 centímetros de grosor. Se atrancaba por fuera con una barra de hierro encastrada en el muro.

Eso es lo que figura en los informes de la policía. Yo apenas puedo expresar con palabras lo que sentí al ver esa puerta. Estaba enterrada en hormigón. Encerrada en un zulo hermético. El secuestrador volvió a advertirme de las trampas explosivas, de las alarmas, de los cables por los que llevaba la electricidad hasta mi refugio. Demasiada seguridad para una niña. ¿Qué sería de mí si a él le pasaba algo? Mi temor a atragantarme con la piel del embutido me pareció ridícula comparado con la idea de que él se cayera, se rompiera un brazo y tuviera que irse al hospital. Enterrada viva. Se acabó.

Me quedé sin aire. Tenía que salir de allí de inmediato.

La puerta de hormigón daba paso a un pequeño pasadizo. Altura: 68,5 centímetros. Ancho: 48,5 centímetros. Estando yo de pie, la parte inferior del pasadizo me quedaba a la altura de las rodillas. El secuestrador me esperaba ya al otro lado, vi sus piernas a contraluz. Entonces me puse de rodillas y avancé a cuatro patas. Las paredes parecían recubiertas de alquitrán, olía a humedad.

Al salir del pasadizo me encontré en un foso de taller. Junto al pasadizo había una caja fuerte que había sido movida de su sitio y una cómoda.

El secuestrador me pidió de nuevo que le siguiera. Una escalera estrecha, las paredes de losas de hormigón grises, los escalones altos y resbaladizos. Tres abajo, nueve arriba, a través de una trampilla. De pronto me encontré en un garaje.

Yo estaba como paralizada. Dos puertas de madera. La pesada puerta de hormigón. El estrecho pasadizo. Ante él una pesada caja fuerte que el secuestrador, mientras yo permanecía en el zulo, ponía delante de la abertura con la ayuda de una barra, la atornillaba a la pared y luego la electrificaba. La cómoda, que ocultaba la caja fuerte y el pasadizo. Las tablas del suelo que cubrían la trampilla que llevaba al foso de taller.

Yo ya sabía que no podría romper la puerta del zulo, que cualquier intento de escapar de allí sería inútil. Sabía que podía golpear las paredes y gritar todo lo que quisiera, que nadie me iba a oír. Pero en ese momento, allí arriba en el garaje, tuve claro que nadie podría encontrarme jamás. La entrada al escondrijo estaba tan bien camuflada que las posibilidades de que la policía la descubriera durante un registro de la vivienda eran prácticamente nulas.

El shock no se me pasó hasta que una impresión aún más fuerte eclipsó por un momento el miedo: el aire que entraba en mis pulmones. Inspiré con fuerza, una y otra vez, como un sediento que, en el desierto, llega en el último minuto a un oasis y se lanza de cabeza al agua que le ha de salvar. Después de pasar meses en el sótano había olvidado lo agradable que resulta respirar un aire que no está seco ni cargado de polvo, como el que llegaba al diminuto sótano a través de un pequeño orificio. El zumbido del ventilador, que se había instalado como algo permanente en mis oídos, se hizo por un instante más débil, mis ojos tantearon con cuidado los contornos desconocidos, mi primer temor desapareció. Pero volvió en cuanto el secuestrador me indicó con un gesto que no podía decir nada. Luego me condujo por un pequeño pasillo y cuatro escalones hasta la vivienda. Había poca luz, todas las contraventanas estaban cerradas. Una cocina, un pasillo, el cuarto de estar, el vestíbulo. Me parecía increíble, casi ridículo, que las habitaciones por las que iba pasando fueran tan grandes y amplias. Desde el 2 de marzo me había movido en un espacio en el que la mayor distancia eran dos metros. En mi pequeño zulo tenía cada rincón a la vista. Allí arriba sentí que la amplitud de las habitaciones caía sobre mí como una gran ola. Detrás de cada puerta, detrás de cada ventana, podía esperarme una sorpresa desagradable. Yo no sabía si el secuestrador vivía solo, ni cuántas personas podían estar involucradas en el secuestro... ni lo que harían conmigo si me veían allí «arriba». El secuestrador había hablado tantas veces de «los otros» que yo casi creía verlos detrás de cada esquina. También me parecía posible que tuviera una familia que fuera cómplice de su delito y estuviera esperando para abusar de mí. Cualquier forma imaginable de maldad estaba, para mí, dentro de lo posible.

El secuestrador parecía inquieto y nervioso. De camino al cuarto de baño no paraba de decirme en voz baja: «Piensa en la ventana y el sistema de alarma. Haz lo que te digo. Si gritas, te mataré». Después de haber visto cómo era el acceso a mi refugio no habría dudado lo más mínimo si él me hubiera contado que toda la casa estaba llena de minas.

Mientras le seguía hasta el cuarto de baño con la cabeza gacha, como él quería, miles de ideas cruzaron por mi mente.

Pensé cómo podía asaltarle y escapar. No se me ocurrió nada. No era una niña especialmente cobarde, pero sí un poco miedosa.

Él era mucho más fuerte y rápido que yo. Si saliera corriendo me alcanzaría en dos zancadas; y abrir puertas y ventanas sería un suicidio. Hasta el día de mi liberación creí en las fuertes medidas de seguridad de la casa.

Pero no eran sólo los obstáculos exteriores, las paredes y puertas infranqueables o la mayor fortaleza física del secuestrador lo que me hacía desistir de un intento de fuga. Entonces se habían sentado ya las bases de mi «prisión

psicológica», de la que cada vez me resultaba más difícil escapar. Estaba asustada y atemorizada. «Si cooperas no te pasará nada». El secuestrador me había inculcado esa idea desde el principio y me había amenazado con los peores castigos, incluida la muerte, si oponía resistencia.

Yo era una niña y estaba acostumbrada a obedecer a los adultos, sobre todo cuando me avisaban de las consecuencias de no hacerlo. Allí el único adulto con autoridad era él. Aunque la puerta de la calle hubiera estado abierta, no sé si habría tenido el valor de salir corriendo. Un gato doméstico al que se permite salir por primera vez en su vida a la calle se queda asustado en el umbral de la puerta y empieza a maullar porque no sabe qué hacer.

Y yo no tenía a mis espaldas la casa protectora a la que podía regresar, sino un hombre que estaba dispuesto a defender su delito con la vida. Estaba tan asustada que llevaba el cautiverio dentro de mí.

El secuestrador me preparó un baño de espuma y se quedó mientras yo me desvestía y me metía en la bañera. No me importó que no me dejara sola en el cuarto de baño. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a que me viera desnuda cuando me duchaba en el zulo, así que sólo protesté un poco en voz baja. Cuando me sumergí en el agua caliente y cerré los ojos conseguí, por primera vez en muchos días, olvidar todo lo que me rodeaba. Blancas nubes de espuma se posaron sobre mis miedos, danzaron por el oscuro escondrijo, me sacaron volando de la casa y me llevaron con ellas. Al cuarto de baño de mi casa, a los brazos de mi madre, que me esperaba con una enorme toalla caliente para llevarme enseguida a la cama.

Esa bonita imagen se desvaneció como una pompa de jabón cuando el secuestrador me dijo que me diera prisa. La toalla era áspera y olía raro. Nadie me llevó a la cama. En lugar de eso bajé a mi oscuro refugio. Oí cómo el secuestrador cerraba las puertas de madera y atrancaba la puerta de hormigón. Imaginé cómo cruzaba el estrecho pasadizo, ponía otra vez la caja fuerte delante de la abertura, la atornillaba a la pared y colocaba la cómoda delante.

Habría preferido no haber visto lo hermético que era mi aislamiento del mundo exterior. Me eché en mi tumbona, me hice un ovillo e intenté recuperar la sensación del jabón y el agua caliente en mi piel. La sensación de estar en casa.

\* \* \*

Poco más tarde, en el otoño de 1998, el secuestrador mostró de nuevo su cara más amable. Tal vez tuviera mala conciencia, pero el caso es que decidió hacer mi refugio algo más habitable.

Los trabajos avanzaron muy despacio: las tablas, los cubos de pintura, tenían que ser arrastrados uno a uno por el largo camino hasta abajo; la estantería y el armarito tuvieron que ser montados en el propio zulo.

Pude elegir el color de la pared y me decidí por un papel de fibra gruesa que quería pintar de color rosa pálido. Como la pared de mi dormitorio. El color se llamaba «Elba brillante». El secuestrador empleó luego el mismo tono para su cuarto de estar. En la casa no debían quedar cubos con restos de pintura sin aplicar en las paredes, me explicó, siempre preparado para un registro de la policía, siempre pendiente de no dejar ningún tipo de pista. Como si la policía entonces todavía se interesara por mí; como si fuera a examinar tales cosas cuando ni siquiera había registrado la furgoneta con que se cometió el secuestro a pesar de existir dos declaraciones que daban motivo para hacerlo.

Con las planchas que montó sobre el revestimiento de madera desaparecieron uno a uno los recuerdos de mis primeros tiempos en el zulo. El dibujo de la cómoda de mi casa, el árbol genealógico, el Ave María. Pero lo que vi a partir de entonces me pareció mucho mejor: una pared que me hacía sentir como si estuviera en casa. Cuando estuvo tapizada y pintada, olía tanto a productos químicos en el pequeño zulo que estuve mareada durante días. El pequeño ventilador no tenía suficiente capacidad para evacuar los vapores de la pintura.

Luego vino el montaje de mi litera. Priklopil trajo unas tablas y unos listones de madera de pino y los atornilló con mucho cuidado.

Cuando la cama estuvo acabada, la montó a una altura aproximada de un metro y medio, y ocupaba casi todo el ancho del zulo. Me dejó pintar un adorno en el techo. Yo me decidí por tres corazones rojos, que pinté con mucho cuidado. Estaban dedicados a mi madre. Cuando los miraba podía pensar en ella.

Lo más complicado fue el montaje de la escalerilla: no pasaba por la puerta debido al extraño ángulo que hacía la pared que separaba el zulo del espacio contiguo. El secuestrador lo intentó una y otra vez, hasta que de pronto desapareció y regresó con un destornillador eléctrico. Con él desmontó la pared de tablas que impedía la maniobra, luego introdujo la escalera en el zulo, y ese mismo día volvió a montar la pared.

Al armar mi nueva estantería conocí por primera vez una cara del secuestrador que me horrorizó. Hasta entonces me había gritado en alguna ocasión, me había denigrado y regañado, me había amenazado con los peores castigos para obligarme a cooperar. Pero nunca había perdido el control.

Estaba con el taladro ante mí, fijando una tabla. El hecho de trabajar juntos en el refugio me había hecho sentir mayor confianza, y de pronto le pregunté: «¿Por qué atornillas esa tabla justo ahí?». Había olvidado que no debía hablar a menos que él me lo pidiera. En décimas de segundo sufrió un ataque de furia, me empezó a gritar... y me lanzó la pesada taladradora. Pude agacharme en el último instante antes de que se estrellara contra la pared.

Estaba tan asustada que me quedé sin respiración, mirándole con los ojos como platos.

El repentino ataque de furia no me produjo ningún daño físico, el taladro ni siquiera me rozó. Pero ese incidente quedó grabado en mi mente. Pues introdujo una nueva dimensión en mi relación con el secuestrador: ahora sabía que también podía hacerme daño si me oponía a él. Me sentí más asustada, más débil.

La noche posterior al primer ataque de furia del secuestrador dormí en mi nueva cama alta. El ruido del ventilador parecía surgir justo al lado de mis orejas y me taladraba el cerebro hasta casi hacerme gritar de desesperación. El aire frío procedente del tejado me daba directamente en los pies. Mientras que en casa dormía estirada y boca arriba, aquí tenía que acurrucarme en posición fetal y enrollarme bien la manta en los pies para evitar el desagradable chorro de aire. Pero estaba mejor que en la tumbona, tenía más sitio y me podía girar. Y, sobre todo, tenía la nueva pared a mi lado.

Estiré la mano, la toqué y cerré los ojos. Dejé pasar por mi imaginación los muebles de mi habitación, las muñecas, los peluches. La puerta y la ventana, las cortinas, el olor. Si lo imaginaba con suficiente intensidad conseguía dormirme con la mano apoyada en la pared del zulo... y al día siguiente me despertaría en mi dormitorio, con la mano todavía en la pared. Entonces mi madre me llevaría un té a la cama, yo retiraría la mano de la pared y todo sería normal.

Todas las noches me dormía así, con la mano en la pared, y estaba segura de que un día, al despertarme, iba a estar realmente en mi habitación. En los primeros tiempos creía en ello como en una fórmula mágica que algún día se haría realidad. Más tarde el roce de la pared era como una promesa que me hacía cada día a mí misma. Y la he cumplido: cuando después de ocho años de cautiverio fui a casa de mi madre por primera vez, me tumbé en la cama de mi dormitorio, en el que nada había cambiado, y cerré los ojos. Cuando rocé la pared con la mano volvieron todos aquellos momentos, sobre todo el primero: la pequeña Natascha de 10 años que intenta desesperada no perder la confianza en sí misma y pone por primera vez la mano en la pared del zulo. «Aquí estoy de nuevo», susurré. «¿Ves? ¡Ha funcionado!